

te pueblo ha claudicado definitivamente y en una cómoda actitud de renunciación, ve demorarse el preciado tesoro de su herencia ancestral y, cómplice de su infortunio, abjura de todo empeño de mejor vida; en estas horas de pasivo entregamiento a la ingerencia extraña, yo imagino la sombra venerable de Betances, angustiada y profética, dolorosa y admonitiva, lanzando de nuevo a la conciencia aletargada de nuestro pueblo la terrible pregunta de otros días: ¿Que hacen los puertorriqueños que no se rebelan? ¿Qué hacen los puertorriqueños que ven impasibles la ruina moral de su pueblo, toleran el despojo de sus derechos inalienables, que sufren en silencio la explotación inmisericorde, que contemplan

con indiferencia el atropello colectivo, el vejamen de los hombres, el sacrificio de la juventud, y no perfilan un solo gesto de salvadora dignidad? ¿Qué hacen los puertorriqueños que no claman como un solo corazón y una sola conciencia por los fueros de la justicia, por la justicia del derecho, por el derecho de su libertad? ¿Qué hacen los puertorriqueños que no se rebelan contra la podredumbre prevaleciente, contra la cobardía de los pobres de espíritu, contra los mediocres y los claudicantes que entorpecen el triunfo de sus ideales emancipadores? ¿Qué hacen en fin, los puertorriqueños que no se rebelan contra esta colonia humillante y se dan, como una sola voluntad, a la lucha por la propia soberanía?

ORACION PANEGIRICA

En Memoria del Académico Fenecido Dr. Adolfo A. Nouel,
Arzobispo Vitalicio de Santo Domingo

LA PALABRA DEL MAESTRO

Frases liminares pronunciadas por el Dr. Fed. Henriquez y Carvajal,
Presidente de la Academia Dominicana de la Historia

Damas y Caballeros:

Señores Académicos:

Por segunda vez, a mediados del año en curso, a fines de Junio, se hizo un claro en las claras filas de este centro de estudios históricos i de cultura cívica, con la muerte lamentable i lamentada del dominicano insigne que fué el Doctor Don Adolfo Alejandro Nouel i Bobadilla, ilustre fundador e individuo de número de la Academia Dominicana de la Historia e Ilustrísimo i Reverendísimo Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo, en la Primada de América i Atenas del Nuevo Mundo.

El Pastor de la Grei Dominicana se ausentó de la vida —la suya fué tan útil como bella— cuando ya tenía, con algunos meses de diferencia a su favor, la edad septuagenaria que contaba, al morir, su antecesor esclarecido, mi maestro i su maestro, el varón eximio, que asumió un día, como él más tarde, la función ejecutiva del Estado, i que antes, como él, ocupó la Sede Episcopal de la Arquidiócesis Metropolitana.

La muerte de Monseñor Nouel i Bobadilla —aunque no fuese a deshora— elevó el duelo oficial a duelo nacional mui merecidos. La Academia de la Historia le rindió, en un acuerdo de honores i de ofrendas, el tributo debídole a quien, como académico numerario, le prestó su valioso

curso en sus arduas faenas históricas. Esas faenas, siquier limitadas, siquier modestas, en relación con el alto espíritu que la anima e impulsa, han trascendido al exterior i han enaltecido el nombre i el crédito de la Academia Dominicana de la Historia, en ambos hemisferios, con prestigio i honra para ella i con honra i prestigio para la República.

Escogióse este día, natalicio del académico fenecido, para celebrar en su honor esta sesión pública i solemne, la cual —ponderando ahora el valor social de la selecta concurrencia— es más solemne que pública. Aun le dará mayor solemnidad el panegírico que en seguida, como portavoz de la Academia, ha sido escrito i va a ser leído por el distinguido académico D. Ramón Emilio Jiménez, en elogio del prócer religioso, por sus servicios a la Iglesia, i en honra del prócer civil, por sus servicios a la Patria...

Pero antes, señores, os invito a ponerme de pié, como yo lo estoi, para la ofrenda espiritual de un minuto de silencio.

Que este minuto de silencio sea una plegaria, sin palabras, elevada al cielo por el alma noble del mitrado i académico, que, al morir, entró en el reino de Dios bajo el palio luminoso de la Esperanza, del Amor, que es Caridad, i de la Fe cristiana.



Oración Panegírica a la Memoria del Académico fenecido Dr. Adolfo A. Nouel,

LEIDA EN SESIÓN PÚBLICA Y SOLEMNE POR SU AUTOR EL ACADEMICO DON R. EMILIO JIMENEZ, EL 12 DE DICIEMBRE DE 1937, CON MOTIVO DEL 75º ANIVERSARIO DE SU NATALICIO.

Señor Presidente de la Academia Dominicana de la Historia,

Ilmo. y Rvdmo. Monseñor Mena,

Sr. Presidente del Ateneo Dominicano,

Señores Académicos,

Damas y Caballeros:

La Academia Dominicana de la Historia se ha dignado confiarme la misión de componer esta oración panegírica en memoria del que fuera uno de sus más ilustres miembros, el Doctor Don Adolfo Alejandro Nouel, Arzobispo de esta Arquidiócesis y Presidente que fué de la República, con ocasión de celebrar hoy la fecha de su venida al mundo. Tengo por honradora la misión, tanto por tratarse de una de las figuras dominicanas más conspicuas, cuanto por haber sido confiada al menos autorizado de sus miembros.

Mucho hay que decir acerca de su compleja personalidad. Tenía el brillo de la oración escrita, el prestigio de la elocuencia académica, la nobleza de la acción social, la inquietud del verdadero servidor de Cristo, el fervor idealista del maestro y la sana austeridad del hombre público. Ciencia y conciencia tienen que responder a un ritmo de íntima conformación para cumplir un orden en la vida. En Monseñor Nouel este orden era una realidad, compenetrados, como se vieron en él, pluma, tribuna, arena, cayado y bastón de magistrado supremo.

Esta suma de actividades cabe en tres categorías de grandezas: la del togado, la del mitrado y la del gobernante. Así respondió, con cabeza digna de la mitra, a la dignidad episcopal; al birrete académico, con ancha frente depositaria de lumbré generosa; y al bicornio presidencial, con testa noble hecha a las serenidades del pensamiento y a los firmes dictados de la conciencia.

Nació este ilustre dominicano en la histórica ciudad de Santo Domingo, hoy Ciudad Trujillo, el 12 de diciembre de 1862, hijo del Licdo. Don Carlos Nouel y Doña Antonia Bobadilla de Nouel. Su padre abrazó la política habiéndose distinguido en la vida pública como Ministro de Justicia e Instrucción Pública en la Administración de Don Ignacio Ma. González, y como Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Haití, entre otros importantes cargos. Más tarde, habiendo enviudado y un tanto desasido de los negocios públicos, que le restaban tiempo para ocuparse en otras actividades de que estaba gano su espíritu, se hizo eclesiástico y murió investido con la dignidad de Canónigo Honorario de la Catedral de Santo Domingo, dejando al

morir una historia eclesiástica que completó con nueva documentación su ilustre hijo Adolfo.

Es tema familiar que entre padre e hijo existió, mas que una relación de tronco y vástago, una íntima compenetración de árboles gemelos. Correspondió, con filial sujeción y gozosa dependencia, a los desvelos de su progenitor, a quien profesaba entrañable cariño. También sentíase ligado con fervorosa ternura a su maestro, que lo era el eminente prelado Doctor Don Fernando Arturo de Meriño, de cuyos labios hechos para la bondad y la elocuencia recibió el mayor caudal de bien y de doctrina que fueron los fundamentos de su personalidad. De un lado el patrimonio moral, y del otro el legado intelectual, prepararon al hombre para lo que había de ser, andando el tiempo, con el estudio y la meditación. De tal modo influyeron ambos con ardorosa solicitud en el tierno corazón del joven, que con frecuencia el padre desempeñaba la función del maestro y éste la del padre, a lo que debió en no escasa parte la firmeza del discurso y la prestancia de la obra.

Hasta el destino tenía reservadas las mismas condiciones de investigador y de historiógrafo del autor de sus días, y las mismas posiciones de orador y de político de su predecesor en la silla arquidiocesana, habiendo lucido, la toga bicúspide y la banda presidencial.

Intensificó los conocimientos adquiridos en el propio solar con las saludables enseñanzas recibidas en el Colegio Pío Latino, ampliadas en la Universidad Gregoriana, en la que se graduó en 1883 de Doctor en Filosofía y Licenciado en Teología y Derecho Canónico. Vuelto a la patria en 1885, recibió las sagradas órdenes el 19 de diciembre, y años después, en fecha 20 de marzo de 1890, la designación de Canónigo de la Santa Iglesia Catedral, de Vicerrector del Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino, y de Catedrático de Filosofía, Teología y Latinidad. Corría el año 1903 cuando fué elegido Diputado a la Asamblea Constituyente por la provincia de La Vega. La salud del Mitrado decaía bajo la pesadumbre de los años, y el propio Pastor solicitó de la Santa Sede la investidura de Arzobispo Coadjutor en favor del entonces presbítero Adolfo Alejandro Nouel, con derecho a sucederle en el episcopado. Con tal motivo ausentóse con destino a Roma. En la silla de Pedro pesaron las cualidades resaltantes del sacerdote para la concesión de tan alta dignidad, que tuvo efecto el 8 de octubre de 1904, habiéndose celebrado en la Ciudad Eterna el 16 del mismo mes, por Su Eminencia el Cardenal Merry del Val, entonces Secretario de Estado de la Santa Sede, la consagración episcopal, siendo nombrado Arzobispo titular de Metymna, Coadjutor del Ar-



zobispo de Santo Domingo, con derecho de sucesión.

Muerto el gran Mitrado, asumió el Dr. Nouel el gobierno espiritual de la Arquidiócesis y atrájosela a su celo, al que debe su magnífica reforma nuestra Catedral Primada, con rango, desde entonces, de Basilica Menor. Muchas obras de docencia y caridad emanan de su aliento cristiano, y por lo que hace a su carácter y a sus cívicas virtudes, señalados son los beneficios que ha realizado por su pueblo como servidor de la patria y generoso propulsor del bien social.

Larga resultaría la enumeración de cargos, honores y condecoraciones a que dió origen su vasta cultura y prendas personales. Baste mencionar, entre los más importantes, los siguientes: Delegado Apostólico de Cuba y Puerto Rico, en 1913; Arzobispo Titular de Sergiopolis, por Bula de Su Santidad Pío XI, en fecha 11 de octubre de 1935; Conde, Asistente al Solio Pontificio; Gran Oficial de la Legión de Honor; Caballero Gran Cruz del Santo Sepulcro; Comendador de la Corona de Italia; Gran Placa de la Cruz Roja Española; Miembro Honorario de la Academia Latina de Ciencias, Artes y Bellas Letras, de París; Arcade de la Arcadia de Roma; Caballero Gran Cruz de la Orden Constantiniense de San Jorge; Miembro de las Academias de Bellas Artes de Sevilla y de Barcelona; Miembro Honorario de la Sociedad Académica de Historia Internacional, de París; Presidente de la Academia Dominicana de la Lengua, correspondiente de la Española; Miembro de la Academia Dominicana de la Historia, del Consejo Nacional de Educación y del Instituto de Investigaciones Históricas; y Miembro Honorario del Ateneo Dominicano. A estos merecidos galardones únese la honra con que supo distinguirlo el Cabildo de Santo Domingo en fecha 16 de enero de 1922 al conferirle el título de Hijo Preclaro de la Ciudad de Santo Domingo de Guzmán y dar el nombre de "Arzobispo Nouel" a la antigua calle "Santo Tomás", en virtud de una resolución municipal, destinada a premiar al que había sido munícipe prestante de cuya investidura enorgullicíase el gobierno de la común. En fecha 9 de marzo de 1938 y por iniciativa del Presidente Trujillo, el Congreso Nacional lo reconoció por medio de una ley Arzobispo Vitalicio de Santo Domingo y le fijó una pensión como Asesor del Gobierno en sus relaciones con la Santa Sede, sin perjuicio de la pensión a que tenía derecho como ex-Presidente de la República. Y en fecha 29 de abril de 1936, y por iniciativa también del Presidente Trujillo, el Congreso Nacional designó por medio de otra ley "Monseñor Nouel" la común y villa de Bonaó, jurisdicción de la provincia de La Vega, honrando así la memoria del insigne Mitrado "por su mansedumbre y por sus nobles esfuerzos en favor de la paz y la concordia nacionales", como reza uno de los considerandos, y en atención a que el nombre de esa villa "no está vinculado, ni siquiera durante el período del descubrimiento y la conquista, a ningún hecho ni rasgo histórico que importe conservar como testimonio de nuestro amor y de nuestro respeto a las tradiciones vernáculas", según reza otro de los considerandos. También

el Ayuntamiento de La Vega le nombró Hijo Adoptivo de la Común y dió a una de las calles de la ciudad el nombre de "Padre Adolfo", en fecha 12 de agosto de 1910.

ANECDOTA.

Y a propósito de La Vega, no queremos dejar pasar inadvertida esta anécdota de la vida del grande hombre. El insigne levita era apenas párraco de La Vega y se ocupaba en la organización de corbés para la construcción del nuevo templo que debía substituir al antiguo, para lo cual contaba con el fervor acrisolado de sus feligreses, que secundaban tan afanosamente sus empeños que no veían dificultades capaces de estorbar la noble empresa. El Padre Adolfo, como dió en llamarlo el cariño de sus amados feligreses, mientras se ocupaba en estos aprestos de materiales para la obra, fué tocado amorosamente en el hombro por una vieja beata conocida generalmente por Parida, a causa, sin duda, de su empírica profesión de Partera. Preocupábase a esta buena mujer la reedificación de la Divina Casa, que para ella lo era todo, prendada como vivía del pan eucarístico que había menester para seguridad y goce de su alma, que sólo a Dios debía pertenecerle.

"Padre Adolfo, —díjole no bien lo hubo tocado en el hombro—: el que haga esta Iglesia será Arzobispo!"....

El buen párraco la miró fijamente, como si estudiara su semblante, y al fin le respondió: "¿De dónde has sacado eso, mujer?" "No sé, será una revelación", agregó ella con acento de iluminada, mientras en la dura tierra caían, pesadas y ruidosas, las piedras del viejo Camú, acarreadas por la fe más que por los brazos de la piadosa muchedumbre.

El templo fué reconstruído, y el noble sacerdote, relevado en el curato de La Vega, no recordó la frase misteriosa hasta que años después, resplandeciente la cabeza por la mitra hizo su entrada en aquella ciudad, que lo recibió con pompa inusitada. Desde una acera la vieja beata agitaba, en señal de aclamación la verdosa manta que fué negra en otro tiempo, y se hizo visible a los ojos del nuevo Mitrado, quien, reconociéndola en medio de sus antiguos feligreses, recordó el vaticinio, hizo detener el lujoso coche en que era conducido, bajó de él con visible emoción, y estrechándola fuertemente entre sus brazos a la vista de la asombrada multitud que no acertaba a comprender aquella escena, exclamó entusiasmado: "Todavía hay profetas en la tierra!"

EL ARZOBISPO.

Fué un mitrado ejemplar. No revelaba en sus ideas la disciplina escolástica ni la influencia renacentista. Le sedujo el poder renovador de la acción. Dióse más a la parte moral de la filosofía que a la propia de la especulación mística y ortodoxa. No obstante, supo elevarse en el contento divino para derramar doctrinas de amor y de sabiduría.

No fué cerrado al conocimiento de otras formas de religión, ni se agarró, severo y for-

malista, a la autoridad del dogma para oponer barrera de incomprensión a todo cuanto no fuera verdad revelada y el juicio inapelable de las normas indiscutibles, como si le animara el eclecticismo de un Leibniz, porque no fué de aquellos sacerdotes que gastan aún lujo de beligerancia contra representantes de otras sectas y del sentido laico de la enseñanza pública, con ese espíritu de intolerancia, predominante en los tiempos de Pascual II, que fué crudo tema en el Sínodo de Letrán, en donde se acordó la excomunión de todo monje o clérigo que recibiese beneficio alguno de algún laico. Cuando fué necesario, como reza en una de sus oraciones sagradas, evocar a Brahma, a Confucio, a Budha, o a Mahoma, hizolo con disciplinada serenidad de pensador, pese a los estrechos de criterio religioso, que prefieren la guerra de los credos contradictorios, a la paz de las creencias. Ni exégeta, ni fanático, ni rancio de tradicionalismo. Jamás se le oyó apostrofar ni maldecir. Habló más que de temor de Dios, del amor de Dios, que lleva a alturas más delicadas y sublimes que las que puede ofrecer al corazón humano la imagen del temor. Toda la ética cristiana no parece animada de otro sentimiento que el amor, a pesar de su idea del castigo, inherente a toda función de justicia.

Otra cualidad predominante en la estructura mental de Monsenor Nouel y en su contextura de conciencia era su devoción al rasgo saliente de capacidad creadora y de poder de sacrificio por el bien común, entendida la caridad como un sabio liberal de su tiempo, no sólo en el favor a la pobreza enferma, hambreada o andrajosa. Tuvo noción más diáfana de la caridad evangélica, sentido más humano y profundo de ella que el que suelen tener de la misma sacerdotes hechos a los menesteres de la caridad ordinaria, imbuidos en prácticas de ascetismo y de contemplación. A más alto designio tiende sus alas de paloma la caridad evangélica, y el ilustre prelado entrevió, desde su iniciación en el misterio sacerdotal, el tinte más delicado de esa virtud suprema.

Así, cuando evoca con cálida palabra en justa loa al beato Eudes, penetra en lo que tuvo de más noble aquel varón de Cristo: en su poder de sacrificio para darse limpio de caridad a la cristiana multitud. Compárala a la palma y al cedro del Líbano, partiendo de un hermoso pensamiento que sirvió de apotegma a su célebre sermón en el Convento de Dominicos el 19 de diciembre de 1909, en honra del Fundador de la Orden Eudista, a la sazón beatificado en Roma, y se extiende en consideraciones profundas de orden moral y filosófico en esta gallardía de conducta apostólica. Es que Monseñor Nouel ve más brillo de caridad y más religiosa fuerza de elevación al bien en procurar salvar a los otros sin prolijos cuidados por la propia salvación. Un hombre vale como elemento de expresión en el empeño fecundo de servir a los demás. El afanoso de la propia figura no interesa como hombre. Dionisio no pasa de la recortada sonoridad del caracol. Para Monseñor Nouel poco importa el pan cuando se come con el alma aherrojada o la mente llena de mugre y vaciedad de pensamientos generosos; cuando se soporta un mal

por amor a una vida que no debiera apetecerse si no se lleva con dignidad y con decoro.

Ese discurso, joya de oración académica, refleja, mas que ninguno otro suyo, su grandeza de corazón y su filosofía. Pondera del insigne beato la institución denominada "El Refugio de Nuestra Señora de la Caridad para las Magdalenas arrepentidas". Con vigorosa loa exalta virtud tan singular, propia de quien vivía, como el Beato Eudes, los fundamentos de la verdadera caridad. Nuestro prelado se detiene en consideraciones de orden elevado en esta obra del esclarecido sacerdote trances por cuanto ella cae de lleno en la jurisdicción de sus espirituales preferencias: "Como la palma, al asomar al mundo, Juan Eudes, está en el desierto. Mal radiado, el tierno brote hubiera muerto, y arrancado por el viento, hubiera yacido sobre las arenas. Pero el árbol que tiene profundas raíces y abundante linfa no sufre por las tempestades. El viento que quisiera arrebatarlo no haría más que agitar sus hojas susurrando. Nutrido de fé nuestro Beato, consagrará su vida a los pensamientos, a las obras, a las esperanzas de la fé. Antes que en las obras externas, yo quisiera que este florecer de la palma lo contempláramos en el interior, en el alma del Beato Eudes, que, erguido, sin divisiones, sin ramos que toquen la tierra y procediendo como de hoja de virtud, continuamente sube, y suspirando por Dios, único sol de justicia, en él se purifica siempre y solamente en su amor divino madura frutos copiosísimos de salvación para sus semejantes.

"Hemos de pasar por alto sus misiones de Rouen y en Saint-Malo; hemos de silenciar su amor intenso hacia los Corazones sacratísimos de Jesús y María; hemos de callar su abnegación heroica cuando durante todo el año de mil seiscientos treinta y ocho, expone a cada momento su vida asistiendo espiritual y materialmente a millares de enfermos atacados de la terrible epidemia que diezmo la Francia. Es necesario, para no cansarnos, precipitar el discurso y detenernos un momento más a contemplar sus dos obras maestras: La Congregación de Jesús y María para la enseñanza del clero, y el Refugio de Nuestra Señora de la Caridad para las Magdalenas arrepentidas.

"La primera de las dos fundaciones respondía admirablemente a las necesidades de su tiempo; la segunda responderá siempre en todas las épocas a una gran necesidad social, vale decir, a la regeneración de la mujer por medio del arrepentimiento y del amor..."

La ilusión de los brazos abiertos para las peccadoras sedientas de regeneración social, tuvo la el Mitrado en cuya consideración nos detenemos, por empresa más digna del ejercicio de la cristiandad que las de las manos alargadas en ofrecimiento de pan y prendas cubridoras de desnudeces. Cristo fué levantamiento de caídas humanidades, faro en las tempestades de los vicios, estímulo constante de posibilidades de salvación, esperanza hecha camino, lirio blanco puesto sobre el cieno como acicate de voluntad al disfrute de la pureza abandonada. Su moral es la eterna invitación a la subida, la llamada sin tregua a la exaltación por el sumiso empeño.



Samaritanas de todos los pozos, Magdalenas de todas las épocas, serán siempre, para la verdadera reingión, las piedras del pantano sacadas a la superficie para brillar más tarde, en el arco del puente alzado, con la ilusión del camino, sola miseria del fango.

La acción elevadora, madrina de la humildad y de la sencillez, vese patente en la investidura de pobres pescadores en la grandeza del apostolado. Esta virtud, impropia del anacoretismo y de todo buscado apartamiento, fué en el curso de la vida de nuestro prelado, el constante estímulo a la acción, y justo es reconocerle lo que en él había de más delineamiento personal.

Se le debe la canónica coronación de Nuestra Señora de la Altigracia, la Virgen dominicana cuya tradición se remonta a más de tres siglos, ordenada por S. S. Benedicto XV en su Breve de fecha 14 de julio de 1920, así como también el templo de su nombre a Ella consagrado, en el mismo sitio de la vieja capillita donada por la piedad de una virtuosa dama en esta histórica capital de la República, y cuya magna fiesta ha sido el acontecimiento dominicano de más extensa resonancia en el mundo católico, por lo cual el propio Arzobispo pudo decir, satisfecho de su obra, una vez coronada ante cinco mitras la preciosa imagen, por el Delegado Pontificio Dr. Don Sebastián Leite de Vasconcellos: "¡Puedo ya morir en paz!"

EL POLITICO.

El 30 de noviembre de 1912 fué nombrado Presidente de la República, por decreto del Congreso Nacional, Monseñor Adolfo Alejandro Nouel. Se le invitó a aceptar aquella investidura a título de necesidad nacional como conciliación entre bandos acosados por el odio, y aceptó el supremo destino con la esperanza de dar término a la guerra civil que llenaba de calvarios el suelo dominicano. No le arredró la idea del sacrificio; pero creyó que todo sacrificio tiene un límite; aquel en que su mantenimiento representa un peligro moral para el que lo soporta, e insuficiente para traer a razón a los porfiados luchadores que no supieron posponer intereses particulares al supremo interés de la nación, depuso el mando el 18 de abril de 1913, con renuncia digna de su elevado carácter, en la que sobresalían estas conmovedoras palabras que piden mármol eternizador: "Convengo en que por la Patria debemos sacrificarlo todo; pero ni ella ni nadie puede exigirnos el sacrificio de nuestra dignidad y de nuestra conciencia". Y descendió del poder no sin proféticas revelaciones al ciego afán de los partidos, a los cuales vaticinó la intervención militar norteamericana que más tarde hubimos de sufrir durante ocho largos años.

No sacrificó su dignidad, pero sacrificó su salud. Ausente del país, la decepción amarga, el dolor de no haber podido sofocar la lucha de ambiciones que hicieron del patrio suelo teatro de inmensas desventuras, debilitaron su naturaleza, a lo que contribuyó no poco su nostalgia, y cayó en la terrible enfermedad que hizo estragos en su espíritu, cebándose en su mente generosa. Los que le censuran actos de debilidad que corresponden a este aciago período de su vi-

da, no siguieron al hombre en el proceso luminoso que va desde su elección de estado eclesiástico hasta el momento en que le abandonó para siempre la salud. Es miopía de juicio o perversa complacencia, toda censura a un hombre en los días en que un desequilibrio material lo priva de la lucidez de facultades necesarias a las deliberaciones del sentido íntimo. Por desgracia para los ánimos enteros, la naturaleza moral no puede desentenderse de la física. "La primera riqueza— ha dicho Emerson—es la salud. La enfermedad es pobre de espíritu y no sirve para nada".

Pudo Monseñor Nouel haberse sobrepuesto a las circunstancias y dominado la terrible situación, de haber tenido los arrestos propios de un Meriño; pero carecía de vocación y de disciplina para la política. A Monseñor Meriño la vida pública érale en extremo interesante. Tenía claras dotes de político, y luchaba con dificultades como si le poseyera el goce supremo de vencerlas. Pocas veces le arredraba una valla, y se erguía en la adversidad con gesto de gladiador romano. En Monseñor Nouel, por el contrario, la política no estuvo nunca en primacía de turno en el programa de su vida. Fué a ella por circunstancias especiales. Aceptó la Primera Magistratura del Estado cuando se le convenció de que su aceptación por parte de él era una necesidad para su pueblo; cuando creyó que el patriotismo le exigía aparecer como símbolo de paz entre los bandos en discordia. Consideró el varón justo que su manto de púrpura nazarena pasaría, para los grupos disidentes, por divisa de calma en la tormenta, y allanó ingenuamente a servir el padrinazgo de la conciliación; pero la realidad fué cruel con su sueño generoso, y viendo, en la blancura del desprendimiento, el consejo desoído, y la senda abandonada, buscó en la renuncia la salvación de su conciencia. Sin pasión por la política no hay política. El hombre político tiene que ser apasionado, no en el sentido bajo de la pasión, sino en el alto. Así podrá vencer obstáculos, domar instintos y domesticar intemperancias y resabios hijos del interés, y mal puede lograr esta victoria un hombre para quien la vida pública fué mero accidente, para quien la política era de circunstancia y no de esencia y de naturaleza. No puede, por consiguiente, admitirse como falta de carácter, en nuestro Prelado, su separación del poder en la forma en que lo hizo, sorprendido por la realidad que no le fué dado conocer en el campo de la vocación y de la experiencia.

Aquello no podía ser ausencia de carácter. Túvolo y no escaso, revelándolo en cuantas ocasiones necesitó protestar contra hechos políticos que constituían atropellos a la causa de la verdad y de la justicia. Así se le vió responder, con indignado acento, a la carta del Señor Secretario de Estado de lo Interior y Policía, en junio de 1908, cuando este funcionario, intérprete del sentir del Poder Ejecutivo, en contra de la colocación, en la Catedral Primada, de la estatua yacente de Meriño, por considerar que para ello era necesaria "la venia del Congreso Nacional expresada en una ley o en alguna otra disposición del mismo cuerpo". "No se trata de erigir "estatua" o monumento conmemorativo



a la memoria de nadie. Se trata simplemente de un Mausoleo, o sea sepulcro que guarde los restos mortales de un Arzobispo; y como según nuestras leyes el cementerio de los Arzobispos es la Catedral, en la Catedral ha sido enterrado Nuestro Venerable Predecesor y allí es natural que se levante su sepulcro; y como quiera que jamás se le ha ocurrido a nadie acudir al Congreso solicitando su venia para colocar cruces, mausoleos, columnas, monumentos, ni estatuas alegóricas o representativas del difunto, en los cementerios, por eso ni siquiera pudimos sospechar necesaria la venia del Congreso en este caso, sobre todo porque desde un principio lo dijimos en nuestra circular de fecha 6 de julio del año p. pdo.: "La obra debe ser principalmente del clero y el sepulcro esencialmente religioso". Y agregó, empleando el lenguaje enérgico, pero sereno, de los grandes maestros del patriotismo. "La estatua del Mausoleo no representa al Doctor Meriño, de pié, erguido, arrogante, como en los días de su grandeza patriótica, apostrofando al despotismo o rechazando los ofrecimientos del Poder cuando se subastaba en los mercados públicos de Europa la nacionalidad dominicana; ni lo representa tampoco sentado en su cátedra de honor derramando reguero de luz en muchas inteligencias cuando casi todo en nuestro País era oscuridad; ni lo representa siquiera sentado en silla de humildad y resignación cuando celebrados ya sus esponsales con la Iglesia Primada dedicó los últimos esfuerzos de su vida a apacentar tranquilamente su rebaño. Nó y nó: él está allí transformado por la idea cristiana: yace derribado por la muerte sobre un catafalco: es un vencido del tiempo digno de todo respeto. La mayor o menor suntuosidad de un sepulcro no es lo que constituye la apoteosis de los grandes hombres! Otros son los elementos que busca la Historia cuando falla un asunto tan delicado".

Y podría decirse, en semejante circunstancia, que el varón que nos ocupa, por un influjo misterioso, recibió, para hablar el lenguaje severo de la protesta, el soplo de entereza del ilustre muerto, al cual debió la inflexibilidad de su actitud y la elocuencia de su palabra de reconvencción y de enseñanza al propio tiempo? ¿Podría pensarse que el extinto Mitrado le insuflara el aliento de que dió ostensible muestra en aquella memorable circunstancia, para oponer la lógica inflexible de la razón a la temeridad de un juicio sin base, por ausencia de ética, contra la gratitud de un pueblo cristiano a la nobleza del que fué su más fecundo guía espiritual? El concepto evangélico no se aviene a tal creencia, ni la ciencia legítima tampoco. Es que la manifestación de carácter hay que saberla ver en todas sus variadas formas y matices. Es que a veces se tiene por revelación de carácter lo que es sólo grito de miedoso caminante para darse ánimo en la senda de la vida, de la misma manera que suelen ser tenidas por expresiones de debilidad lo que es más bien razón de vuelo en el espacio moral de las conciencias.

EL PATRIOTA.

Monseñor Nouel era, evidentemente, un patriota. Toda su vida, así la pública como la ecle-

siástica, estaba tocada de este sentimiento. Su verbo y su pluma eran un elocuente testimonio de ese amor. De su famoso discurso en honra del prócer trinitario Ramón Mella, pronunciado el 27 de Febrero de 1891 en la Catedral Primada, y publicado en el N° 4 de "El Lápiz", del 6 de marzo del mismo año, son dignos de mención especial aquellos párrafos finales que resumen toda la estructura filosófica y moral de esa oración: "Si se necesitan virtudes y heroísmo para fundar un pueblo, se necesitan trabajos y abnegación para perpetuar de manera digna su existencia. Después de largos años de dominación y gloria llegó un tiempo para la sabia Grecia y la opulenta Roma, en que fueron inútiles los decretos del Senado y las agitaciones del Foro para impedir que esos colosos del poder pagano descendieran rápidamente hasta las playas de la impotencia y del olvido. Sabéis por qué? Porque no se perpetuaron las virtudes de sus sabios. Porque las generaciones que se sucedieron desdeñaron seguir los ejemplos de sus héroes".

En otra parte interesante del mismo discurso exclama, poseído de su noble devoción por la Patria: "¿Será por ventura más sabio el orador del Lacio cuando allá en su retiro de Túsculo compendia en pocas páginas la inmortalidad de su verbo, cuando su palabra en el Foro arranca nutridos aplausos al encontrar las virtudes del César, o cuando conjura las calamidades de la patria, exponiendo su vida, y consolidando con las armas los derechos del pueblo rey? ¿Y estimaremos en más la elocuencia de Demóstenes, las consideraciones de Séneca y las narraciones de Livio, que el patriotismo de los Horacios, la abnegación de los Curios y el ejemplo de los Cato-nes?".

Estas conmovedoras palabras con que nuestro ilustre Prelado incluye el patriotismo entre las virtudes más excelsas, lo perfilan como un verdadero patriota. Se habría revelado otro Mercier cuando las circunstancias hubieran sido propicias a la exaltación de ese culto en el campo del heroísmo y de la gloria. No por otra causa sintió la pasión de ese culto y admiró a Pedro Santana, viendo en él la primera espada al servicio de la Independencia Nacional, indulgente con el prócer que si tuvo grandes debilidades, no por eso deja de serlo por inevitable fatalidad del barro humano, que no hay piedra dura que lo sea tanto que no muestre un punto flaco en la tenacidad de su dureza. Ninguna figura pasa por irreprochable, y menos si es humana.

En su famosa carta al Ministro Russell, Monseñor Nouel es el dolor colectivo en campo de protesta, la indignación pública en labios de un patriota, que no otra cosa hace interesante, para la historia, aquel valioso documento, ya que, así como en los volcanes, la inflamada cúspide es la conversión de todo el fuego interior hacia el punto más alto de la superficie, en los volcanes sociales, el cráter es un hombre por el cual se desparrama en un supremo instante toda la ira del pueblo lastimado en la dignidad de su conciencia.

"Desea Ud. conocer, —dijo al Ministro Russell— mis impresiones acerca del estado general



del país. Creo no equivocarme al asegurarle a Ud. que su estado general es prospero. El trabajo individual es intenso. Al cultivo de la tierra ha respondido prodiga la naturaleza con buenas cosechas; el alto precio que para nuestros frutos se ha mantenido en el exterior ha sido causa de que los agricultores se hayan resquebrajado de los perjuicios sufridos en años anteriores. La paz reina en todo el país; el pueblo desea mantenerla y aprovecharla; pero ese pueblo comienza ya a creer que no le será posible continuar indefinidamente en un estado de cosas en el cual no puede disponer libremente de su trabajo y por consiguiente teme caer a la larga en un estado de verdadera esclavitud.

El pueblo ha sufrido, sino conforme, al menos resignado, el sonrojo y el peso de una intervención. Ha sufrido sentencias prebostales en asuntos completamente civiles, cuando según la proclama del Almirante Knapp ese tribunal no debía conocer sino de asuntos militares. Ha sufrido sentencias de un tribunal (el de reclamaciones) que falla soberanamente sin derecho alguno a la apelación.

El pueblo reconoce la necesidad de pagar impuestos directos sobre la propiedad territorial; pero no puede conformarse con algunos preceptos injustos de una ley casi incomprensible por lo compleja y de difícilísima aplicación en la práctica.

El pueblo ha soportado por espacio de tres años una censura para la Prensa, no solamente humillante y despectiva, sino también ridícula y pueril. Yo recuerdo haber visto un artículo científico observado por un censor, con su sello y firma, prohibiendo su publicación porque el autor de dicho artículo decía: "Kant, el gran pensador alemán, padre de la filosofía moderna, no puede considerarse inferior a Aristóteles ni a Platón, etc.". La guerra había estallado ya contra Alemania y aquel infeliz censor creyó tal vez que el elogio tributado al gran filósofo alemán podría causar la derrota de los ejércitos aliados.

Un sacerdote español, de conducta ejemplar, que desempeñaba la cura de almas en Sánchez, fué reducido a prisión, incomunicado y encerrado en Samaná en inmundo calabozo, en donde permaneció cerca de seis meses, por el solo hecho de haber elogiado en una discusión de sobremesa, en el hotel donde se hospedaba, y mucho antes de entrar los Estados Unidos en la guerra, el valor y la organización del ejército alemán.

El pueblo dominicano es verdad que en sus conmociones políticas presencié más de una vez injustas persecuciones, atropellos a los derechos individuales, sumarios fusilamientos, etc. . . . ; pero jamás supo del tormento del agua, de la cremación de mujeres y niños, del tortor de la sogá, de la caza de hombres en las sabanas como si fueran animales salvajes, ni del arrastre de un anciano septuagenario a la cola de un caballo a plena luz meridiana en la plaza de Hato Mayor".

Monseñor Nouel mantuvo su entereza de carácter por sobre las solicitudes provocadoras del interés. La Iglesia no le fué propicia al oro,

ni el poder público tampoco. Pobre, como acudió a la Casa de Dios, lo halló la muerte. Pobre, como llegó al palacio nacional, salió de él. Si en vida le fue extrana la fortuna, la muerte no tuvo una mueca de ironía para quien, al vestir manto refulgente de pastor y sandalia de raso, no dejó mundana huella de vivir elegante para goce de troncos o regalos de ramas. Así, no le amparó, al morir, techo propio hijo de la previsión a favor de la vejez, que habría sido, para el varón ilustre, actitud de espíritu preocupado en llegar al fin con más que un báculo en la mano, con lo necesario para que el báculo no pese a la ilusión del camino franco destinado a viajeros ya cansados para el viaje.

De esa preocupación anduvo ajeno el gallardo levita. La grey sobre la que supo derramar episcopales bendiciones, tóvola en estima respetuosa y cordial. Ni el diezmo sugestivo, ni la muelle primicia, ni el seductor encanto de una oveja, movieronle a interés. Paseó miradas de prudencia y de consideración beatífica sobre almas y cosas capaces de iniciarlo a posesiones incompatibles con el aliento de su palabra o el equilibrio de su religiosidad. Cuando hubo que oponer verbo cáustico, aunque sereno, al malévolo error y a las crisis de la conciencia traducidas en pequeñeces de piedad o patriotismo, lo opuso sin alarde y sin reserva. Rotundo, pero reposado. Habló cuando la necesidad de hablar no transigía con labios impenitentes en el silencio. Habló para castigar cuando el castigo de la voz autorizada era medicina para llagas de conductas culpables.

Hermosa virtud, la de tener la autoridad de la palabra y saber emplearla a su tiempo. A veces menudean los casos de silencios de muerte por carencia de una voz responsable con solvencia de acústica en los pueblos. Y son muchos los casos de linternas negativas que dejan reinar sombras por economía de óleo en las tinieblas. De este linaje de varones no era Monseñor Adolfo Alejandro Nouel. Le dijo la verdad a los caudillos de su patria cuando la confesión de ella habría podido acarrearle amargas persecuciones, y también a los representantes del poder interventor en su patria cuando juzgó oportuna la ocasión. Y se la dijo sin dureza, pero con firmeza, como cumplía a un varón de su talla. Sin vacilar, que es la manera de hacerse el hombre respetable en la confesión de hechos y en la imputación de responsabilidades. Memorables son aquellas severas reflexiones que hiciera al Presidente Vásquez el 12 de julio de 1929 cuando aquel gobernante presentóse en la Santa Basílica Metropolitana, seguido de su séquito, para asistir al Te-Deum con que se celebraba el restablecimiento del gobierno propio. "Magistrado —dijo dirigiéndose al anciano Presidente:— Como un padre y como un amigo os aconsejo que alejéis de vuestro lado a la vil polilla palaciega que os sofoca y entorpece la obra de vuestro Gobierno", palabras que hubo de comentar en la columna editorial de "La Información" de Santiago, uno de cuyos párrafos recuerdo en esta circunstancia: "Ve el Prelado que el montón de errores administrativos depende en gran parte de la vil camarilla que vive quemando a los pies del mandatario la resina lisonjera, y le dice la verdad.



Comprende el Prelado que los actos gubernativos de la hora no los mueve el amor a las instituciones públicas, y agrega al párrafo anterior estas palabras: "Actuando con libertad y con austeridad, haréis que vuestros nuevos días de gobierno se inspiren estrictamente en el derecho, en la equidad y la justicia". Y convencido, por último, de que no ha sabido el Presidente merecer la confianza de la mayoría de sus conciudadanos, cuya voz ha sido desoída con harta frecuencia, de lo que son pruebas irrefutables las muchas reformas a la Constitución para asegurar el continuismo, concluye su consejo con estas palabras: "Así conseguiréis que el árbol sagrado de la gratitud eche raíces en el corazón de vuestro pueblo y que él todo se ponga al lado de vuestro espíritu para levantar al país hasta la más alta cima de la felicidad y la civilización".

EL FILOSOFO.

Entero, como era de carácter Monseñor Nouel, no podía, en su notable oración en honra del prócer Antonio Duvergé, pronunciada en la Catedral Primada el 27 de febrero de 1911, con motivo de su apoteosis, silenciar la indignación que le produjera la conducta de Santana en este sombrío hecho. No obstante, conservaba como históricas reliquias la espada y el lecho de caoba del invicto soldado de la Patria, habiendo ofrecido la primera al Presidente Trujillo en octubre de 1936 y con motivo de la inauguración del puente de acero denominado por una ley "Pedro Santana", como prueba de reconocimiento por haberle merecido protección y honores que aligeraron la carga de su vejez.

Casi todos nuestros grandes hombres fueron grandes en sus luchas contra pueblos extraños, fieles a la causa de la nacionalidad; pero pequeños en sus luchas contra sus compatriotas, sordos al espíritu de la fraternidad. Por eso cae Duvergé, el héroe de tantas gloriosas batallas, víctima del egoísmo de mando y de la pasión de bando; como cayeron otros próceres, desde Sánchez hasta los hermanos Puello, fulminados por la rivalidad en campo abierto de rencores. "Sobre ignominioso patíbulo, con la frente sobre la húmeda tierra, sin una almohada donde reclinar su cabeza cargada de laureles, sin tener a su lado una mano amiga que cerrada sus ojos; aquellos ojos que centellearon un día como rayos en los campos de batalla, sin más compañeros que Dalmau, Alberto y su hijo Alcides, sin luces, ni flores, ni sudario, fué ignominiosamente fusilado el día 11 de abril de 1855". Así exclama el ilustre soldado de Cristo al evocar las glorias y el triste fin del ilustre vencedor de Cacimán y El Número.

El medio donde batalló Santana sirviendo al ideal separatista, se manifestó, por vía de personificación, en un hombre, en el General Santana, que asumió como tal el carácter de espada máxima de la Independencia. Obró como su medio lo necesitaba. Pero el Santana perseguidor de móviles interesados en la dirección de un partido, es enano de visión social y de sentido político, como era el ambiente moral donde perfiló su carácter. Por eso fué grande como libertador y

pequeño como gobernante; fuerte como prócer y débil como caudillo. De hechos de esa naturaleza está llena la vida histórica de América. Monseñor Nouel lo sabía, y cuando condena a Santana por la muerte de Antonio Duvergé, hácelo de modo impersonal, viendo, tras el héroe culpable, al medio nunca exento de culpa. Su dolor en memoria del prócer victimario por la ambición de un compañero de armas y de glorias, es dolor que salvando los límites del personaje en pecado, cae de modo inevitable en el escenario propicio al pecador.

Monseñor Nouel, hombre de pensamiento, como era, no podía sino ver al grande hombre en íntima relación con su medio. Sociólogo y filósofo, su ciencia no podía ser la manera vaga y superflua de medir la estatura moral de una gran vida fuera de los acontecimientos que influyen necesaria y totalmente en ella; que la vida, para decirlo con el acento autorizado de Spencer, "es una adaptación continua de relaciones internas a relaciones externas". De esplendidas montañas y de negros precipicios está formada, como la geografía nacional, la psicología dominicana. La historia de nuestro pueblo es un amasijo de acciones eminentes y de hechos sin altura, como la de casi todos los pueblos de nuestra América. Monte y vega enmarcados dentro de una misma expresión de naturaleza con clarines de pajaros y silbos de serpientes. La naturaleza en donde se mueve el pueblo dominicano tiembla de continuo al impulso de su vida en formación. Tienen sus convulsiones sociales y políticas, idéntico designio.

Sin duda Monseñor Nouel, con espíritu de moderno historiador, apelaba al recurso del examen para salvar a Santana de la esfera de los juicios extemporáneos. Los acontecimientos que está ligada la memoria del héroe estaban en semejante ocasión, y están aun, faltos del calor acrisolante de la historia para pasar en su verdadero punto de cristalización al ojo reflexivo de la crítica. Son los acontecimientos como troncos sometidos al proceso petrificador del tiempo. A su hora éstos subirán de las oscuras capas subterráneas para comparecer a la luz que ha de asignales su valor definitivo; y aquéllos a flor de razón para recibir la última expresión de la justicia. La historia no sabe de verdores. La Anexión de la República a España en 1861 fué, como hube de decir en marzo de 1928, desde la columna editorial de "La Información", de Santiago, un error en el que incurrieron, por lo general, las figuras más relevantes de la Independencia, que ante el peligro de una invasión haitiana, que vieron inminente, creyeron preferible una dependencia de la Madre Patria a una nueva dominación haitiana.

Muchos de aquellos forjadores de patria no tuvieron por traición a la República el aceptar la protección de España en la forma perfilada por los sucesos de aquel año. Creyeron eso sinceramente. Se equivocaron, pero de buena fé. No era posible creer que los hombres que a tan caro precio obtuvieron la independencia de su pueblo, pudieran renunciar tan fácilmente al brillo de sus glorias.



OTROS ASPECTOS INTERESANTES DE LA PERSONALIDAD DEL DOCTOR NOUEL.

En la personalidad intelectual del Doctor Monseñor Alejandro A. Nouel hay que distinguir, además, al escritor, al orador y al historiógrafo, que de modo sucinto consideraremos en el curso de los párrafos siguientes.

En algunos escritos se advierte sutilmente la ironía que tan abundante llegó a ser en su conversación, al grado de pasar por aguda en polémicas orales que tuvieron publicidad. No era extraño: la ironía es modo de ser muy natural de las inteligencias elevadas, pues como advierte Antonio Caso, "los grandes irónicos fueron supremos moralistas, desde Sócrates hasta Montaigne", agregando que "Anatole France practicaba con asiduidad el viejo arte socrático de su raza". Con todo, no lo usó jamás con aquella travesura de Rabelais sino con la fina y noble de Jesucristo, cultivada por casi todos los maestros de la Iglesia Romana.

Escribía con estilo elegante. No dejó labor copiosa, poco dado, como era, a escribir. Le embargaba, por el contrario, la buena lectura. Su oratoria, personal, académica, reposada y limpia de lugares comunes, conmovía sobre todo por la sinceridad de la palabra. De ahí el vigor de sus discursos. La mayor eficacia de la elocuencia está en el modo de expresar sinceramente las ideas. Imaginación, gracia y colorido plástico están demás cuando falta la disciplina interior que moldea los caracteres al servicio de la religión, del arte y de la ciencia.

Como orador, no voló tan alto como Meriño, en el vigor de la frase académica y el poder de la imaginación; pero midió con él sus alas en la sinceridad de las ideas, superándole en ocasiones en la profundidad del concepto filosófico. Muchos de sus sermones y algunas de sus pastorales hacen pensar en Juan Crisóstomo.

Acudía a la historia como a venero de doctrina, no para hacer galas de conocimientos espigando en el campo de Herodoto, sino para buscar, con sentido analítico, causas, circunstancias y fenómenos de aplicación a hombres y cosas caídos en la jurisdicción de su examen como abanderado de la tribuna sagrada.

Como historiógrafo, Monseñor Nouel no dejó obra impresa; pero sí labor inédita en copioso volumen que mano culpable substrajo del lugar en donde fué depositado. De ésto hubo de hablarme el propio Arzobispo en el Consejo Nacional de Educación a que ambos pertenecíamos, y me lo ratificó el Rvdo. Padre Beras en reciente conversación que sostuvimos en la Secretaría de la Superior Curia. Es fama que completó la obra histórica de su ilustre padre y se dió a la ajena curiosidad que fué a él ávida de documentación como a fuente viva en busca del tesoro de la verdad guardado en los infolios de su memoria. Pero hay mucho que espigar en sus discursos sobre personajes célebres de la historia nacional, en los cuales el interés narrativo holgaría en el acopio de datos a propósito para monografías bibliográficas.

CONSIDERACIONES FINALES.

En todos los actos de su vida dió inequívocas señales de valor, propio de su entereza de carácter; pero en ningún momento con más conciencia de ese valor que cuando vió próximo el fin de

su existencia. No parece sino que todas sus facultades se rehicieron en pulsaciones de equilibrio para recibir los últimos auxilios de la piedad cristiana y darse a Dios manso y contrito en grado místico sin precedente en las postrimerías de los santos varones. De sus labios, ya fatigados para la oración, escapábanse de continuo las sentencias de Pablo que, por haber sido este varón el primer hombre de acción del Cristianismo, tratara de imitar en la noble pasión por los esfuerzos de común provecho para los mortales. Oyendo que en habitación contigua a la de su lecho discurriase sobre la manera de rendirle en muerte los honores debidos a su rango episcopal y a su antigua dignidad de primer magistrado de la nación, "cuando yo muera —dijo— envuélvanme en una sábana y colóquenme inmediatamente en el ataúd". Mas, como a esto advirtió el sacerdote que, según las prescripciones litúrgicas, su cadáver debía ser revestido con los ornamentos pontificales, agregó: "Está bien, hágase como la Iglesia lo dispone", —y que mi fosa se abra en el templo de Nuestra Señora de la Altigracia al pie de la vieja capillita de la Virgen, si el Arzobispo lo permite". Prendado de la sencillez por convicción, y de la sinceridad por devoción, olvidábase, en su postrera lucidez, de los honores y prerrogativas que le eran propios. Así, desasido de la pompa de grados y de jerarquías, le halló la reflexión filosófica en la vida, y el sentido de la humana fragilidad en las cercanías de la muerte. El 26 de junio del corriente año extinguióse aquella ilustre vida con profundo dolor para toda la sociedad dominicana, y el Congreso declaró duelo oficial los días 1º, 2 y 3 de julio en honra del esclarecido ciudadano.

Como la campana, instrumento de júbilo y también de dolor, cuya torre le sirve a la vez que para himnos, para trenos, tal su ánima en las alturas serenas de su fe. Acordada a la naturaleza de su timbre y a la necesidad de su destino en la llamada de los fieles, la campana podrá carbiar de número y de intensidad de vibraciones y responder a efectos de matices según convenga al sentimiento de la interpretación; pero la firmeza del sonido será siempre condición invariable de su bronce. El estado atmosférico puede de igual modo influir en el alcance o flexibilidad de la nota; pero la afirmación saldrá pura del alma del metal y devuelta con la misma pureza en la reflexión persistente de los ecos. No de otro modo era el espíritu de Monseñor Nouel. Resistente como el bronce de la campana, y como él sonoro, vibró a toda hora con firmeza de acento, elástico de júbilo o rígido de pena. Su patria lo halló siempre en ese temple robusto del metal animado de la torre.

De lo que fué hablaron los amatistas del pectoral y la sortija, bondad de su pecho generoso, que se hizo camino en los músculos del brazo, y misericordia en la palma de la mano. Murió como un estoico griego, no desafiando a la muerte, sino llamándola con resignación franciscana. "¡Qué dulce es morir!" fueron sus últimas palabras, dignas de Séneca en la hora suprema. Así se van de la vida, camino de lo eterno, los que nacieron para la filosofía de Don Quijote o la moral de Jesucristo en la arena caldeada del mundo, con la lanza del amor y la cruz de la inmortalidad.

R. Emilio Jiménez.

